



Boceto escultórico del monumento a Galdós para Las Palmas de Gran Canaria (1926), cedido por la Real Fundación de Toledo-Museo Victorio Macho a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas.

VICTORIO MACHO

VICTORIO MACHO, ROCA TARPEYA Y LA REAL FUNDACIÓN DE TOLEDO

JUAN IGNACIO DE MESA
Presidente de la Real Fundación de Toledo

Como a tantas otras personas, nuestra pasada Guerra Civil supuso para Victorio Macho un cambio en los planes que había trazado para sí mismo en lo personal y en su vida como artista.

En noviembre de 1936, el Gobierno de la II República, con el convencimiento de que la cultura era el elemento aglutinador de la nueva sociedad a la que se aspiraba, impulsó el traslado a Valencia de obras de arte, intelectuales, artistas e investigadores que convirtieron a esta ciudad en capital de la cultura a lo largo de casi un año. Junto a estos evacuados se encontraba Victorio Macho, que ya era un escultor de fama reconocida a quien, según sus propias palabras, más que ofrecerle la posibilidad de abandonar Madrid, se le obligó a trasladarse a Valencia.

En ese momento poco se imaginaba él que este viaje fuera el prolegómeno de un recorrido mucho más largo, que se inició el 25 de mayo de 1939 rumbo a Colombia, con estancia por varios países sudamericanos a lo largo de 13 años.

Con su salida a América cumplió un deseo que siempre le rondó, ya durante su vida en Santander, y que expresó en 1919 a su primera esposa en una carta en su primer viaje París.

A pesar de que América le recibió con los brazos abiertos, siempre consideró que su estancia allí tenía que ser temporal, anhelando el momento de su vuelta. Siempre mantuvo constan-

te comunicación con sus amigos españoles que reiteradamente le animaban a ello, aunque reconocían que el momento de posguerra que les tocaba vivir era poco proclive a la valoración de las creaciones artísticas.

Son constantes las cartas de Victorio Macho en este tono:

«Grandes, en verdad, y alentadores son los éxitos alcanzados con mis obras; harto frecuentes ¡ay! los homenajes personales que se me brindan [...], incontables los amigos que tengo en este generoso Nuevo Mundo [...], pero ¡con tanta fuerza me llama la tierra donde nací! [...]. Qué infinita serenidad y descanso habrá de experimentar mi alma cuando retorne a mi Patria con el redoblado bagaje de mis obras que ofrendarla y acompañado de mi anciana madre! Solo entonces me sentiré feliz y bien pagado, porque ésta -que no otra- es la gloria que yo espero [...]» (sig. 632)

Carta desde Lima a Nicolás María Urgoiti. Mayo de 1946

Siempre tuvo muy claro a dónde iba a volver, a Toledo:

«Cuando pases por la bellísima Plaza de Oriente y te asomes a la maravillosa balconada que da sobre el Campo del Moro y el Manzanares y contemples desde allí la Sierra del Guadarrama, acuérdate de mí. Y si vas algún día a Toledo piensa que allí deseo retornar para seguir creando y al fin descansar en su roca viva» (sig. 730)

Carta desde Lima a Pepe Valdor. Enero de 1943

Victorio Macho conocía bien la ciudad, que visitó con frecuencia, desde su primera visita en 1903:

«Allá, cuando de mozo visité Toledo, llegué a sentir como si ya antes hubiera transitado por sus calles laberínticas y hasta me pareció reconocer sus más ocultos rincones, sus templos y sus ruinas [...]. Toledo representa para mí, el simbólico altar ibérico [...]»

Fueron frecuentes sus viajes a Toledo acompañando a Galdós, a quien en su juventud conoció en Santander y por el que tenía verdadera devoción. En 1925 llegó a alquilar un pequeño estudio en el palacio que fue de los duques de Maqueda, propiedad del ceramista Sebastián Aguado, y en 1933 pasó largas temporadas en el Palacio de Munárriz. Estas estancias en Toledo le brindaron la oportunidad de estrechar lazos amistosos con un círculo de intelectuales que también pasaban largas temporadas en Toledo, como Gregorio Marañón y el diplomático cubano Esteban Domenech.

El tiempo fue pasando y llegó el momento en que tomó la decisión de volver, decisión muy condicionada por la gran soledad que le produjeron las muertes de su hermana y de su madre, en 1948, con las que siempre había vivido.

Y así, en 1949, le encargó a su sobrino político Fulgencio Pérez, conocido familiarmente como «Pencho», que hiciera las gestiones para comprar una casa en Toledo, y en concreto un antiguo corralón cerca del Museo del Greco, con vistas al río. Las primeras gestiones fueron desilusionantes, porque esta propiedad ya estaba vendida. Su sobrino se lo comunicó de esta forma:

«[...] El terreno que a usted le interesaba ha sido adquirido casi en su totalidad por la Diputación para ampliar servicios de la maternidad [...]. Viendo [...] que ya no era caso de continuar las gestiones, me dediqué a observar [...] y efectivamente a continuación de estos terrenos hay un trozo de muralla que no hay edificación y a continuación hay un jardín con una casa principal de tres plantas y dos casas más de menor importancia, haciendo todo una manzana. El terreno es algo más pequeño que el anterior, pero la casa está más elevada y más saliente hacia el río [...] Pienso que mejor se orientará devolviéndole el mismo croquis que me envió en donde con tinta encarnada le hago las indicaciones» (sig. 1286 y 1287)

Madrid, 17 de marzo de 1949

Las indicaciones fueron tan claras para Victorio Macho que reconoció con todo detalle la finca señalada, que muchos años antes quiso alquilar y en ese momento no consiguió. Después del tiempo pasado, el recuerdo era tan vívido que la descripción que hizo es exacta:

«[...] recojo las indicaciones que me haces sobre un lugar próximo que has visto y que si mal no recuerdo es el que los toledanos llaman la “Roca Tarpeya” [...] Coincidiendo con el plano está al lado del terreno que tanto me ilusionó largos años, en una calle lateral a la del Tránsito y tiene unas tapias; al entrar se ve en el fondo una casa que si no estoy trascordado consta de dos plantas y sobre ellas otra más reducida formando un a modo de mirador. La izquierda un jardín donde el sacerdote tenía colmenas. A la derecha dos casitas bajas con modestos vecinos, limpias y agradables. El jardín y la casa avanzaban hacia el río Tajo y al borde había una gran roca con una baranda de hierro en lo alto formando una pequeña terraza con tiestos, que parecía una proa florida; ese que pudiéramos llamar “nido de águilas” se contemplaba el río y toda la comarca cigarralera [...] Cuando vi esta finca pretendí alquilarla, pero sin duda los dueños se asustaron de mis pelos y mi extraña traza [...]» (sig. 1288)

Una vez que Fulgencio le confirmó que, efectivamente, la finca era la que se conoce como «Roca Tarpeya», se iniciaron los trámites para adquirir la propiedad, trámites que se alargaron en exceso y en donde la impaciencia de Victorio Macho por la demora, unida a la imposibilidad de realizar las gestiones personalmente y tener que delegar todo en su sobrino, le llevaron a una frustrante desesperación que plasmó a lo largo de 57 cartas cruzadas entre tío y sobrino a lo largo de dos años. En una de ellas, fechada el 12 de diciembre de 1950, Victorio Macho decía:

«[...] no dejo de pensar en la Roca Tarpeya, imagino, divago, mido y calculo espacios, dimensiones, alturas, desniveles, perspec-

tivas, espesores de muro, huecos de puertas y ventanas, firmeza del terrero y en fin, la caraba».

El 17 de octubre de 1951, a través de un lacónico cablegrama, donde solo dijo «por fin», Fulgencio le comunicaba que todo se había resuelto favorablemente.

Un año después de todo esto, en marzo de 1952, tras 13 años de permanencia en América y en plena dictadura, Victorio Macho volvió a Madrid con su nueva esposa, Zoila Barrós, quince toneladas de esculturas y un deseo ferviente: iniciar una nueva vida en Toledo, disfrutando de la tranquilidad del paraje.

Ya viviendo en Madrid y después en Toledo, en la Casa del Maestro, el escultor pudo encargarse personalmente de supervisar la construcción de la casa y de la instalación de sus obras, inicialmente depositadas en la cercana Escuela de Artes.

El proyecto lo encargó al arquitecto Secundino Zuazo, uno de los mejores de la época, amigo desde su juventud.

El 5 de julio de 1954, según una nota manuscrita en una hoja de calendario, comenzó su vida en Roca Tarpeya, que se convirtió en un lugar de encuentro y diálogo entre amigos, amantes del arte, periodistas, intelectuales, etc., conjugando su tiempo con la realización de nuevos trabajos, el monumento funerario de Menéndez Pelayo, la cabeza y estatua sedente de su amigo Gregorio Marañón, el retrato de Zoila y los monumentos a Jacinto Benavente y Berruguete.

Debido a la escasez de espacio para ejecutar estas obras de gran tamaño se realizó la construcción de un taller en dos plantas, llamado por Victorio Macho «El Tallerón», levantado por el Ministerio de la Vivienda y el Ayuntamiento de Toledo a partir de un proyecto del arquitecto Rodolfo García de Pablos.

Cuando el escultor murió, el 13 de julio de 1966, en su testamento, fechado un mes antes, expresó de forma muy clara su deseo de que sus obras siguieran vinculadas a Toledo y en concreto al lugar que con tanta ilusión creó, «Roca Tarpeya», donde pudieran contemplarse en un Museo creado a tal efecto. Su

obra la legó al pueblo español, y su gestión a la Fundación Victorio Macho, con un patronato de una sola persona, su mujer, Zoila, a la que debía asesorar un consejo consultivo integrado por un representante de la Academia de San Fernando, un representante del Ayuntamiento y cinco de sus mejores amigos.

Las mandas testamentarias, redactadas por el escultor en los términos que, a su juicio, protegían sus obras y su disfrute, al final permitieron que ninguna de las administraciones asumiera responsabilidades, y así, el museo, abierto el 13 de mayo de 1967, fue languideciendo hasta que los problemas de mantenimiento obligaron a su cierre en 1984. De nada sirvieron las constantes quejas y demandas de Zoila ante las distintas administraciones. Roca Tarpeya, «proa florida» y «nido de águilas», se vio sumida en el más lamentable de los abandonos.

En estas circunstancias ocurrió un hecho que seguro está en la memoria de muchos: la noche del 19 de octubre de 1983, 18 esculturas y 15 dibujos salieron de Toledo, con la única autorización de Zoila, para formar parte de una exposición antológica en Palencia que enmascaraba el ofrecimiento del Ayuntamiento palentino para trasladar el museo del artista a su ciudad natal a cambio de una oferta económica muy atractiva, 30 millones de pesetas y una renta vitalicia de 125.000 pesetas mensuales. Alertado el Ayuntamiento de Toledo, logró firmar un acuerdo para que las obras volviesen a esta ciudad el 31 de diciembre de 1983, concluida la exposición.

Sin embargo, las obras no volvieron a Roca Tarpeya hasta que Zoila se dio cuenta de que las promesas del Ayuntamiento de Palencia no iban a cumplirse, ante la intervención del Ministerio de Cultura y después de que el Ayuntamiento toledano aprobase en Pleno la interposición de una denuncia contra ella por apropiación indebida del legado de su marido.

El 6 de febrero de 1985, las esculturas de *La Madre* y el *Hermano Marcelo* volvieron a Roca Tarpeya y el 15 de marzo el resto, diecisiete meses después de su salida de Toledo.

Así las cosas, se abre el último periodo, ya vivido de forma personal, donde la Real Fundación de Toledo asumió el compromiso de encontrar una solución definitiva para recuperar el patrimonio de Victorio Macho, darle la dignidad que el artista soñó en su legado testamentario, rescatándolo del olvido y poniéndolo a disposición pública para su valoración y disfrute. Se pueden imaginar que, después de tantos años y tantos avatares, las negociaciones no fueron nada fáciles. Me aproximo más si digo que fueron extremadamente complicadas, pero el buen hacer de Juan Manuel Cavero, duque de Bailén, con el que la Fundación estará siempre en deuda, consiguió que se llegara a un acuerdo en 1998: se fusionaron ambas fundaciones y la Real Fundación de Toledo pasó a ser la titular del legado del escultor, incorporando a sus fines la conservación y difusión de la figura de Victorio Macho y su obra.

No puedo dejar de aprovechar este momento para contar la anécdota de cómo logramos localizar una escultura de Victorio Macho que permaneció oculta durante casi 60 años de forma intencionada. Me refiero al retrato de Dolores Ibárruri, *La Pasionaria*, que realizó en 1937 en Valencia por encargo del Partido Comunista.

Cuando se recibieron las llaves de la casa, en la primera visita que se realizó a las dependencias, descubrimos con gran asombro el paradero de la obra, que se había conservado oculta. Todo ese tiempo había permanecido en la carbonera de la que fue vivienda del matrimonio en los últimos años de vida del escultor, sobre la Roca Tarpeya toledana. Y con mucho más asombro se descubrió que parte de la inscripción del cinturón, en donde el autor en 1937 cinceló el sobrenombre «PASIONARIA», estaba borrada.

El proyecto de restauración fue del arquitecto Manuel de las Casas, que supo devolver la vida a Roca Tarpeya, aunando el total respeto a la obra de Zuazo y al espíritu y ambiente del conjunto. El taller del escultor, «El Tallerón», pasó a ser en su

planta baja la recepción del museo, y en su planta alta una magnífica sala de exposiciones. Se creó un salón de actos, excavado bajo el jardín de la entrada; la casa se adaptó para albergar las oficinas de la Fundación en la planta baja y sala de juntas, biblioteca y despacho en la planta superior. La colección del artista, restaurada, se instaló en el jardín y en las dos dependencias dedicadas a museo, siguiendo un discurso expositivo del que antes carecía. En el jardín se conservaron los árboles que disfrutó Victorio Macho, la parra, la higuera y el granado, entre otros, y se recuperó un espacio amplio que además de facilitar la circulación de los visitantes, permitiera disfrutar de unas vistas excepcionales.

El 2 de julio de 1999 Roca Tarpeya renació y volvió a abrir sus puertas a unos visitantes deseosos de reencontrarse con la casa y obra de Victorio Macho. Los Reyes de España, don Juan Carlos y doña Sofía, inauguraron oficialmente el 26 de octubre el nuevo espacio cultural.

La visita de Roca Tarpeya se completa con un entorno paisajístico espectacular, una atalaya sobre el meandro del Tajo, el puente de San Martín, los cigarrales, jardines, fuentes y miradores, para disfrutarlo en un ambiente sereno y tranquilo, un remanso en el que descansar o evadirse del ajetreo turístico del barrio de la Judería.

La Real Fundación de Toledo extremó el cuidado en conservar el lugar testigo de la última etapa, tanto artística como vital, del escultor. La escenografía espectacular de Roca Tarpeya encaramada sobre el río, el lugar elegido cuidadosamente por el artista, el entorno en el que deseaba expresar su arte, el paisaje soñado en el que inmortalizarse a sí mismo y a su obra.

El cuidar estos factores ambientales, transmitir la materialidad de una producción artística enriquecida con el recuerdo y la presencia intangible de su creador, mantener y potenciar la magia de Roca Tarpeya ha sido la guía y la meta de nuestro esfuerzo.

Pero la recuperación para uso público de un enclave como Roca Tarpeya fue más allá de la función museística: los espacios recobrados han ofrecido a Toledo una dotación cultural, un lugar de encuentro donde la Real Fundación de Toledo expresa su manera de entender qué significa trabajar para una ciudad desde su patrimonio cultural y cuántas maneras hay de hacerlo, donde promover y debatir temas de interés, disfrutando de las vistas del Tajo y los cigarrales o de una espléndida puesta de sol. Un lugar donde mostrar, recordar y advertir a cuantos nos visitan que el paisaje es un bien patrimonial que debe ser conservado y protegido, tan valioso para Toledo como sus bienes artísticos y monumentales.